

Panamá

La bahía de Panamá, en el fondo del golfo de su nombre, es un lugar sumamente pintoresco. Al contrario de la ría de Guayaquil, las numerosas islas que accidentan sus aguas en vez de ser casi planas son conos de rocas cubiertas de una capa de tierra y vestidas de una vegetación abundante. Se ve en sus orillas grupos de palmeros mecer sus penachos elegantes inclinados sobre la superficie del mar que ondula a su pie, dando sombra y frescura a la habitación de alguna familia de pescadores cuya canoa se ve atada a pocos pasos de distancia. No sé, en verdad, si sea más agradable viajar en medio de ese pintoresco laberinto de tan bellas y variadas formas que recorrer las márgenes de aquel río casi bajo la sombra de sus árboles cuyas hojas estremecen el vapor escapado de la chimenea del *steamer* al desvanecerse entre las ramas en blancas y ligeras nubes.

Distínguese en el fondo de la bahía la ciudad que eleva sus torres detrás de la alta y espesa muralla que la circunda. A primera vista su aspecto causa una impresión agradable por el color blanco de su conjunto que contrasta con el manto uniforme de verdura que se extiende sobre la tierra a toda la distancia de la vista.

Habíamos fondeado a más de dos millas de la playa, sin duda a causa de la poca profundidad del mar, que en la bajamar deja descubierta una gran extensión de terreno; me dispuse a atravesar, no sin algún recelo, aquella distancia en cuyo punto medio veía reventar las olas en una no interrumpida zona de espuma que dejaba aparecer por intervalos las manchas negras de varias puntas de roca.

Algunos botes y canoas grandes rodearon el vapor, conducidos por remeros negros casi desnudos, que para invitar a los pasajeros a embarcarse con sus equipajes formaban un vocerío verdaderamente infernal. En medio de las disputas y los juramentos que se cruzaban de todos lados, me aventuré en uno de los mejores botes que suplía la falta de

timón con la destreza de sus bien manejados remos y empezamos a bogar hacia la tierra prometida. Por más que procuraba levantar mi cabeza para divisar por encima de las olas el muelle en que, según mi imaginación, debíamos desembarcar, no distinguía más que una playa abierta sembrada de peñascos y la línea uniforme de la muralla. El desembarcadero se puede considerar como uno de los peligros del viaje; después de tocar el término de la travesía, esto es a algunas yardas de la playa, un grupo de hombres con uniformes iguales que de los remeros, se lanzó al agua y, mojados hasta la cintura, recibió a los pasajeros y la carga sin mayor diferencia. Yo me instalé sobre este género de cabalgadura que no me era desconocido y se me depositó sano y salvo e inclusive casi seco sobre la arena de la playa.

Panamá tiene un aspecto singular: es una ciudad en ruinas. Guirnalda de enredaderas frescas y frondosas coronan las ventanas y bóvedas, las cornisas y capiteles de sus monumentos. Varios templos, algunos de los cuales son notables por su arquitectura, sustentan sus muros mutilados bajo el tejido lozano de las yedras; en sus hendiduras y perfiles se columpian flores silvestres de vivos colores y el vuelo caprichoso de las aves circula libremente por sus arcos y bóvedas desiertas. Hay algunas ruinas allí que convidan al pincel del artista. Por lo demás, excepto media docena de casas bien construidas, la ciudad no presenta sino calles estrechas y mal niveladas compuestas de habitaciones irregulares, oscuras muchas de ellas, desaliñadas y desagradables todas. El pueblo se sienta en las esquinas, cerca de los hoteles y almacenes, y se abandona por largas horas al goce del *dolce farniente*, esta enfermedad crónica de las razas meridionales. Es preciso confesar, sin embargo, que el clima de Panamá excluye toda posibilidad de trabajo durante una parte del día ya por el calor excesivo ya por los diluvios que se conocen allí con el muy modesto nombre de lluvias. El desaseo de la ciudad armoniza perfectamente con el de su pueblo que casi en su totalidad se compone de negros y gentes de color, quienes aunque inteligentes, son por lo común ignorantes, desordenados y rudos. Parece que los panameños no gozan de un bienestar considerable, a pesar de las grandes ventajas que la posición geográfica de su ciudad les ofrece. El gobierno ha abolido todos los derechos de importación que pagaba el comercio: por Panamá transitan más de 20 000 pasajeros cada año: la tierra es de una fertilidad prodigiosa; y a pesar de todo, la población parece no poseer los bienes que constituyen una condición medianamente próspera. Ni el vestido, ni el alimento, ni la habitación del hombre del pueblo presentan cosa alguna que consuele al observador cuyo corazón se interesa por el bienestar

de las masas. La pesca de perlas, que un tiempo hizo conocido en toda la Europa el nombre de esta ciudad, está reducida a una fuente indirecta y muy secundaria de riqueza pública. Apenas uno que otro artesano hace salir de vez en cuando un poco de buena filigrana de oro, de recinto desmantelado de lo que llama, a falta de otro nombre, su taller.

Hay en Panamá dos escuelas gratuitas para niños de cada sexo, aparte de una o dos particulares: se imprime un periódico, a veces dos y en ocasiones especiales mayor número; no es extraño ver un ejemplar en las manos de un pescador o de un obrero.

El cuerpo de representantes del Estado de Panamá se hallaba reunido durante los días de mi permanencia en la ciudad, discutía el mensaje del gobernador. El digno funcionario había concebido y puesto en ejecución el proyecto de demoler la muralla que defiende su capital por tierra para reforzar la parte que la protege por el lado del mar: idea que no deja de ser algún tanto original y sorprendente y que no había podido ser concebida por ninguno de los antecesores del precavido gobernador en un período de más de dos siglos. Después de largas reflexiones políticas y estratégicas sobre la materia, su excelencia concluía añadiendo, por vía de incidente y con más candorosa indeferencia, que *también podrían obtenerse algunos recursos por la venta de una parte de los materiales*; de donde yo concluí que Panamá no tardaría en quedarse sin las excelentes fortificaciones que en varias épocas la habían protegido tan eficazmente contra los cañones extranjeros.

Es escusado añadir que el Sr. Gobernador no había presentado su proyecto sino después de haber dado principio a la demolición.

Sin embargo, justo es confesar que si la muralla, los aljibes y demás obras militares construidas por España en aquel punto se han de perder por la negligencia de los gobiernos y por la acción del tiempo, más vale que se pierdan dejando algún provecho siquiera a la población, aunque recelo que éste será poco menos que insignificante.

La misma asamblea trataba entonces de establecer por ley del Estado que el matrimonio se disuelva por mutuo consentimiento de los esposos. Si a esto se añade que las señoritas de Panamá son generalmente muy gentiles y hermosas, todo el mundo convendrá en que para casarse lo mejor es hacer un viaje a la feliz tierra del istmo panameño. El mismo Quevedo,¹⁴ a resucitar trasportado a ella, no escribiría como en otro tiempo:

¹⁴ Quevedo: eminente poeta del siglo XVII y el más popular en el género festivo en la literatura española.

Su sátira contra el matrimonio, de la cual están citados los dos versos de la página siguiente, es una de sus más conocidas producciones.

antes para mi entierro venga el cura
que para desposarme...

aunque, sin duda, no dejaría de encontrar la consabida *suegra* que tal espanto solía poner a su imaginación de soltero.

La competencia que existe entre la compañía inglesa de navegación por vapor en el Pacífico y las líneas americanas impide que la fecha de la llegada y salida de estos vapores coincida con la de los otros; esto obliga a los pasajeros, que se dirigen a Panamá desde el Sur, a permanecer dos o tres semanas en el istmo antes de poder seguir su viaje a los Estados Unidos. Este inconveniente sería tolerable en cualquier país menos ardiente y mal sano que el istmo y en ciudades que contasen con hoteles mejor servidos que los de Panamá, a pesar de los tres dólares diarios que paga cada persona.

La travesía desde el Callao es de diez días y el viaje es sumamente agradable a causa de la tranquilidad del mar que ningún viento embravece en toda aquella extensión.

La atmósfera, cálida y aun sofocante en algunas horas del día, hace sentir por las mañanas y las tardes una frescura deliciosa. La vista del ocaso al ponerse el sol, y las noches de luna, son de una belleza infinita; el contraste que presenta, desde el río de Guayaquil, una vegetación suntuosa con las áridas costas del Perú que le preceden hace que la navegación sea un paseo en extremo agradable. Desde el Callao el vapor toca casi diariamente en algún puerto durante la primera mitad de su viaje, lo que se produce a bordo tanto en pasajeros como en mercaderías un movimiento animado. El precio del pasaje es US\$ 150 en la primera cámara y US\$ 100 en la segunda hasta Panamá; es decir, el doble de lo que cuesta el viaje entre Nueva York y Liverpool en una de las líneas de vapores americanos.

Después de dirigir una última mirada a las aguas azules del Pacífico, de haber contemplado sus fértiles costas y sus pintorescas islas, y de haberme despedido en la muralla de un venerable cañón, solitaria y última reliquia de las baterías de la antigua plaza fuerte, me dirigí a la estación del ferrocarril y partí para Aspinwall.

El carácter y la historia de este personaje han inspirado a un poeta contemporáneo nuestro el bello drama titulado *Don Francisco de Quevedo*.